

JESUS E. VALENZUELA.

EN LA PLAYA.

Tras la lejana cumbre de los montes
Se muere el sol como vencido atleta,
Y se encienden los anchos horizontes
Con regia luz sobre la mar inquieta.

El rumor de las olas un lamento
Alza perenne con extraña rima,
Y se enciende en el alma el pensamiento
De morir como el sol, sobre la cima.

Rumbo á la playa la lejana vela
Asoma adelantando presurosa,
Como avecilla que hacia el nido vuela
Huyendo del milano que la acosa.

Cerca ya se oyen gritos y canciones
Que entona el pescador á su regreso,
Sobre el domado mar que ricos dones
A sus afanes rinde con exceso.

Con voces raras y de vario modo
Todo manda en redor su despedida
Al padre de la luz, y canta todo
La inmensa majestad de su caída.

Brota la estrella del amor; la sigue
Cerca Diana en el azul del cielo,
Como alma enamorada que persigue
Dicha fugaz que se le torna en duelo.

¡Oh dulce estrella del amor! Errante,
Al contemplarte cuando el sol desmaya,
Se escucha el beso largo y delirante
De Otelo y de Desdémóna en la playa.

Del oleaje en la revuelta espuma
Quiebra la luz su postrimer reflejo,
Y del haz de las aguas, en la bruma,
Se alzan la noche y su letal cortejo.

El negro carro de las ruedas de oro
Tirado avanza por las horas mudas,
Y en torno surgen murmurando un coro
Las blancas oceánides desnudas.

Reina el silencio. En el espacio vago
Brillan los astros con su luz incierta;
Se oyen á veces el reir de Yago,
Voces de Otelo proclamando ¡muerta!

¿Qué horror encubres en tu seno obscuro
¡Oh noche! indiferente á los dolores?
¡Ah! despedaza tu ropaje impuro
Manchado por fatídicos colores.

Nada es verdad. Cuando el Oriente ciña
La corona de luz de la mañana,
Vendrán el héroe y la graciosa niña
Feliz con él y de su dicha ufana.

Los sueños negros de la noche triste
Disipará la brisa de los mares;
Ya el sol de oro la montaña viste,
Y naves llegan de los patrios lares.

¡Venid! ¡venid! El plácido suceso
En el ruido del dolor desmaya.
¡Han muerto! ¡han muerto! y su tremante beso
No sonará ya más sobre la playa!

EDUARDO DEL VALLE.

CUAHUTEMOC.

(Fragmento.)

En el nombre del Sér cuya existencia
No conoció principio ni fin tiene,
Y cuya soberana Omnipotencia
El movimiento universal sostiene;
En el nombre de Aquel cuya influencia
Cuanto existe, benéfica mantiene,
Voy á elevar mi voz entusiasmado
Para cantar de Anáhuac el pasado.

¡Anáhuac! el recinto de las flores;
El emporio feliz de la riqueza;
El país de los pájaros cantores;
El paraíso de sin par belleza.
Anáhuac, que ostentando los primores
Que pródiga le dió Naturaleza,
Como una virgen candida brindaba
Los inmensos tesoros que guardaba.

Voy á cantar los hechos valerosos
De los de Anáhuac ínclitos guerreros
Que midieron sus armas animosos
Con destructora hueste de extranjeros.
Voy á cantar los lances prodigiosos
De los caudillos que lograron fieros
Hacer morder al invasor la tierra
En tan sagrada como infausta guerra.

De mi voz al conjuro poderoso
De nuevo se alzarán los edificios
Cuyo aspecto severo y majestuoso
Del azteca saber nos dejó indicios.
De sus dioses terribles el odioso
Anhelo de sangrientos sacrificios
Presentaré también como evidencia
Segura de la idólatra creencia.

Cantaré la belleza de su cielo;
De sus brisas la plácida frescura;
La exuberancia de su fértil suelo,
Y de sus flores la fragancia pura.
Así veloz recorrerá mi vuelo
Ya el monte colosal, ya la llanura,
Ora el arroyo manso, ora el torrente
Que arrasa lo que encuentra en su corriente.

¡Ah! si tener lograra el dulce encanto
Del gran Netzahualcóyotl la voz mía,
Fuera el murmullo de mi débil canto
Inagotable fuente de armonía.
¡Cuánta dulzura sin igual, y cuánto
Esplendor mi palabra expresaría
Si yo lograra que á mi mente inquieta
Diera su inspiración el rey poeta!

Entonces de mis labios, con presura,
No frases brotarían, sino flores
De blando aroma y sin igual frescura
Que ostentaran bellísimos colores.
El manso murmurar del aura pura
Que acaricia los mirtos tembladores,
A veces mi voz rústica sería,
Y otras rumor de tempestad bravía.

¡Con qué vigor mi varonil acento
 Las acciones heroicas relatara
 Del bravo Cuitlahuác, cuyo ardimiento
 Hasta el propio enemigo respetara!
 Lleno de inspiración, mi pensamiento
 A la región celeste se acercara;
 Y en imágenes ricas en belleza
 De Anáhuac cantaría la grandeza.

Sin más sostén, empero, que el ardiente
 Y profundo entusiasmo que atesora
 Mi pecho por la raza, que valiente
 Lidió con la legión conquistadora;
 Sin más inspiración que la que siente
 Quien admira esa lid conmovedora,
 Voy á elevar mis férvidos cantares
 De la querida patria en los altares.

¿Y qué pecho no late entusiasmado
 Al recordar de CUAHUTEMOC la gloria
 Que como claro sol han conservado
 Las páginas eternas de la historia?
 ¿Quién no siente su espíritu inspirado
 Cuando los hechos trae á la memoria
 Del valeroso intrépido caudillo
 Que á México cubrió de inmortal brillo?

Débil mi canto, su rumor apenas
 Se escuchará cual se oye la corriente,
 En las noches calladas y serenas,
 De la apacible y apartada fuente.
 ¡Ah! si el ardor que corre por mis venas
 Diera á mi voz su fuerza prepotente,
 Un himno al héroe de Anahuác alzara
 Que el universo, al resonar, llenara.

Tosca es mi voz. Desnuda del ropaje
 De la divina, bella poesía,
 No podrá tributar un homenaje
 Digno á la patria la palabra mía.
 Pero no temo que el mordaz ultraje
 Se desate en mi contra con porfía;
 Porque tiene mi acento pobre y rudo
 De CUAHUTEMOC el nombre por escudo.

RAMON VALLE.

MEXICO Y ESPAÑA.

(Fragmento.)

Dios lo quiso, y cual se abre la neblina
Que los soberbios Andes ocultaba,
Ante la orden divina
La tierra se ensanchaba,
Y dando un paso la obediente historia,
Vió Colón de la Rábida en el monte
A la luz pura de su misma gloria,
La América detrás del horizonte.

El mar desconocido y proceloso
Ya no es barrera ante el esfuerzo humano;
Es el que une en abrazo cariñoso
Al Viejo Mundo con su nuevo hermano.
Rayos que se unen en el foco ardiente,
Pólen que se confunde de dos palmas,
Su vida, sus ideas y sus almas
Cambiaron uno y otro continente.
Nos dió Europa, maestra complaciente,
El método al Progreso necesario,
Y México, la Reina de Occidente,
Dió al gran Papa Gregorio el calendario.

Mientras llegaba el día
En que á Europa la América daría
El vapor poderoso á cuyo vuelo

El tiempo y el espacio desaparece,
El telégrafo, rayó que obedece,
El pararrayo que desarma al cielo.

En tanto Europa fiera en su pasado
Que el antiguo saber y la fe alienta,
Nos dió la Cruz y nos envió la imprenta.
¡Ah! ¡si hubiera la pólvora olvidado!

Córrase un velo de perpetuo olvido
En esta fiesta á la pasión extraña,
Para siempre olvidemos
Un pasado doliente,
Y desde hoy recordemos solamente
Los beneficios de la madre España.

Honremos siempre á los que el sér nos dieron
Y admiremos su hazaña
Con que de honor brillante se cubrieron,
Como el mundo la admira.
Odio jamás, sólo el amor inspira
La santa Religión que nos trajeron.

Las páginas borremos de la Historia;
Dios sabrá dar castigo y recompensa;
El que se venga, mereció la ofensa,
Y el que perdona, se cubrió de gloria.

Guatimocztín, Caupolicán, titanes,
Con vuestra luz la humanidad refleja;
Cortés, Pizarro, Sámano, Calleja,
Morillo, Orrantia, paz á vuestros manes!

De hoy más, España, la nación gloriosa,
En su trono de siglos asentada,

Contemplará orgullosa
A las nuevas naciones,
Que iguales, del Señor á la mirada,
A su pendón unieron sus pendones.

Ella, España, nos dió la sangre hirviente
Que corre generosa en nuestras venas,
Y el alma independiente,
Que no sufre ni grillos ni cadenas.
Ella nos dió su espíritu guerrero,
Ella nos dió en herencia su arrogancia,
Que no sabe sufrir yugo extranjero,
Con Sagunto y Numancia,
Con Viriato y Pelayo,
Con Zaragoza, y con el Dos de Mayo.

Quisimos, madre, ser, como tú, grandes;
Quisimos, como tú, tener laureles;
Tú nos diste cañones y corceles;
Por Asturias, tenemos nuestros Andes;
Somos, no á tí, pero á tu gloria, fieles.
No perdones, admira nuestra hazaña;
Somos dignos de tí, la madre España!

ANTONIO ZARAGOZA.

I

LA ÚLTIMA NOCHE.

Ningún rumor en la ciudad se oía,
Todo enlutaba de la noche el velo:
El silencio y la sombra, — ¡qué armonía
Con almas que lloraban sin consuelo!

¡De cuántos desgarrados corazones
Hondo lamento de dolor brotaba!
Hasta el viento rasando los balcones,
Parece que sus quejas exhalaba.

Por un cirio amarillo de repente
Una gota de cera iba rodando:
Parecía una lágrima candente
Por pálida mejilla resbalando.

Un extraño contraste se veía
Junto al cuerpo bellissimo sin alma:
Todos lloraban, y ella sonreía,
Ellos en el dolor, y ella en la calma.

Sus ojos, para el mundo ya cerrados,
Para un mundo mejor tenía abiertos,
Y en ellos se miraban retratados
Los goces celestiales de los muertos.

Ya lágrimas amargas no podían
Turbar la limpidez de su mirada;

Y sus ojos con éxtasis veían
El resplandor de la eternal morada.

Si asomaba á los párpados el llanto
Al contemplar su pálida belleza,
No era esa angustia que destroza tanto,
Era melancolía y no tristeza.

Es la amarga tristeza noche umbría
Sin estrellas, sin luces y sin calma;
Pero es la celestial melancolía
Un tranquilo crepúsculo del alma.

Y, ya olvidada del dolor que aterra,
Creía el alma en éxtasis profundo,
Que, suspensa la vida de la tierra,
Vivía con la vida de otro mundo.

Y voces celestiales á lo lejos
Hablaban de reposo y bienandanza,
Y verse parecían los reflejos
De la infinita luz de la esperanza.

Y se pensaba por extraña suerte
Oír una armonía seductora;
Tal vez cantan las almas á la muerte
Como cantan las aves á la aurora.

Parecían salir del aposento,
Cual la que vió Jacob, santas escalas,
Y dulces resonaban en el viento
Acentos de ángel y rumores de alas.

Tanta unción en su faz resplandecía,
Que, al verla, nadie la creyera inerte;
Su actitud soñadora parecía
Un éxtasis divino y no la muerte.

Tendida muellemente sobre el lecho,
Que no tenía forma funeraria,
Con las manos unidas sobre el pecho,
Parecía elevar una plegaria.

Como lleva la brújula el marino
Al recorrer el mar alborotado,
Para surcar el piélago divino,
Ella llevaba al Dios crucificado.

Al comenzar su viaje hacia la altura
Al amparo de Cristo se acogía,
Y entre sus manos de sin par blancura
Brillar un crucifijo se veía.

Los resplandores del blandón inciertos,
Fingían en su rostro, fugitivos,
Júbilo por los goces de los muertos,
Tristeza por las penas de los vivos.

¡Ultima noche que la hermosa muerta
Pasaba en ese hogar de que fué encanto;
Se iba, y dejaba en la mansión desierta,
Sólo un recuerdo de perpetuo llanto!

Se iba, y dejaba á sus pequeños hijos
De sus besos de amor sin el consuelo;
Y ellos, por siempre en su recuerdo fijos,
Sólo han de conocerla allá en el cielo.

Acaso era ilusión; pero á medida
Que en las alas del tiempo se acercaba
La hora de la eterna despedida,
Más doliente su rostro se mostraba.

¿Por qué ya al separarla el nuevo día
De los que fueron luz de su existencia,

Tan triste su expresión aparecía?
¿También los muertos llorarán la ausencia?

Disipada por fin la noche obscura,
Ese sol que da vida á cuanto existe
Vino á alumbrar su tétrica hermosura.
¡Cuán alegre la aurora, ella cuán triste!

Despertó la ciudad á los albores,
Volviendo á sus pesares y á sus gozos:
Afuera, de la vida los rumores;
Adentro, de la muerte los sollozos.

¡Y todo despertó con nueva vida
Cuando en Oriente el sol lució risueño,
Y ella tan sólo, pálida y dormida,
No despertó de su tranquilo sueño!

Los que inerte llorando la veían,
Soñaban con la eterna venturanza;
Todos algo sublime poseían:
¡Ella los cielos, ellos la esperanza!

II

ACELERACION.

(Wals de Strauss.)

Era noche de llanto y de tristeza;
En su fúnebre lecho la ví inerte;
No podía olvidar esa belleza
Melancólica y dulce de la muerte.

Desdeñaba en mi pena á la insensata
Multitud, que contenta se reía;
Y el rumor de la alegre serenata
A mis oídos plácido venía.

Indiferente y frío
Seguí cruzando con doliente calma;
Y me sacaron de éxtasis sombrío,
Las notas que cayeron cual rocío
En las flores marchitas de mi alma.

Eran de Strauss, mágico que vive
Creando de armonías un tesoro,
De ese poeta-músico que escribe
Con pardas brumas y con rayos de oro.

Es un extraño wals, triste y alegre,
Que á un tiempo llora y ríe,
Que me recuerda, en su variado encanto,
Una mujer hermosa que sonrío,
Con los ojos bañados por el llanto.

Tiene notas veloces como el vuelo
De un sér á los espacios infinitos;
Viaje de una alma que al llegar al cielo
Es recibida con alegres gritos.

Vago turbión de notas desatadas,
Veloces, sutilísimas, ligeras,
Cual las de ángeles rápidas bandadas
Que triunfantes recorren las esferas.

Yo pensaba en el alma refulgente
Que acababa de alzar su vuelo blando,
Y la veía en mi delirio ardiente
Por los cielos cruzar, rauda volando.

Y las notas de Strauss semejaban,
Ligeras y argentinas,
Ecos perdidos que hasta mí llegaban
De misteriosas músicas divinas.

Y del alma los ojos
 Bañados por la luz de la esperanza,
 Vefan en su anhelo
 Un grupo luminoso en lontananza
 Rápidamente levantarse al cielo.

Si una alma pura vuela
 Al reino de la paz y la alegría,
 Va dejando en su tránsito una estela
 De perfume, de luz y de armonía.

Mas las notas alegres y sonoras
 En tristes se trocaron con presteza,
 Y las oí sonar desgarradoras,
 Como un hondo gemido de tristeza.

Aquellas notas raudas y tranquilas
 Presto se hicieron lentas y dolientes,
 Como en las antes plácidas pupilas
 Brotan de pronto lágrimas ardientes.

Sonaron dolorosas en mi oído
 Cual postrer ¡ay! que el moribundo lanza,
 Como el último adiós de un sér querido,
 O el eco de un dolor sin esperanza.

Si las notas primeras me fingían
 La llegada triunfal de una alma al cielo,
 Las últimas los ayes parecían
 De los que la lloraban en el suelo.

Y al mágico poder de la armonía,
 Llena el alma de angustia y de cariño,
 Desbordada sentí mi pena impía,
 Y me quedé llorando como un niño.

Desvanecida mi visión tan pura,
 Otra vez en su lecho la ví inerte;

De nuevo me agobió con su amargura
 La inmensa pesadumbre de la muerte.

Murió! Cuando en mis horas de tristeza
 Gozo de mis recuerdos con la calma,
 Viene su melancólica belleza
 A conmoverme en lo íntimo del alma.

Recordar esas notas me extasía
 Y vierto el lloro que consuela tanto.
 ¡Bendito el que ha creado la armonía
 Y bendito el Señor que nos dió el llanto!